

# La encrucijada postelectoral



**José Félix Tezanos**  
Director de *Temas*

**Como** era de esperar, los resultados de las elecciones del 26 de junio han arrojado un panorama político y parlamentario complejo muy similar al del 20 de diciembre. Por lo cual, seis meses después, los españoles nos encontramos prácticamente igual que estábamos al principio, por mucho que se intente convencernos que el PP ha sido el ganador inequívoco de los comicios. El hecho cierto es que ningún partido político, por sí solo, tiene votos y escaños suficientes como para imponer a los demás su liderazgo, su programa y sus concepciones e interpretaciones para solucionar el reto de la gobernabilidad de España. Problema que no es una broma y que nos exige esfuerzos para evitar el riesgo de caer en un bucle político-electoral repetitivo que solo lleva acarreadas disfunciones, tensiones y problemas para un futuro mejor de la sociedad española. Sociedad que tiene planteadas dificultades y carencias que exigen capacidad para pensar –y priorizar– el interés general, y voluntad para ceder y aproximar posiciones, especialmente, entre aquellos que se encuentran más cerca del común denominador electoral que en este momento define lo que realmente quieren los españoles que se haga.

## Balance de los resultados electorales

En términos cuantitativos, con una participación muy similar a la del 20 de diciembre, las principales tendencias registradas en las urnas el 26 de junio permiten establecer cinco conclusiones básicas:

En primer lugar, las urnas han demostrado que estamos ante el fin –de momento al menos– de un ciclo neto de bipartidismo predominante. De hecho, los dos partidos que han gobernado España desde 1982 hasta el presente, en esta ocasión han sumado un 55,7% de los votos, lo cual en sí mismo no es poco, pero está bastante alejado de los momentos en los que sumaban más del 70% de los votos y los escaños. Aún así, dicha proporción es superior a la de diciembre, habiendo pasado PP y PSOE de sumar un 50,7% de los votos y un 60,9% de los escaños de entonces, a un 55,7% de los votos y un 63,4% de los escaños ahora.

En segundo lugar, una mayoría relativa del electorado español en su conjunto se ha inclinado por partidos de izquierdas, tanto de izquierda moderada, como de izquierda extrema, superando en mucho el 33% alcanzado por el PP. Por lo tanto, sería bueno que fuéramos capaces de realizar una lectura adecuada de esta inclinación electoral y entenderíamos –y posibilitáramos– que en España se diera paso a un período de gobierno con mayor sensibilización por los problemas sociales y laborales.

En tercer lugar, el famoso “sorpaso” de *Unidos Podemos*, que de hecho ya se había dado en diciembre, cuando Podemos e IU por separado obtuvieron más de seis millones de votos, al final se ha quedado en más ruido previo (mediático y demoscópico) que nueces, perdiendo de hecho esta coalición casi un millón cien mil votos de los que habían obtenido ambos partidos centrales, con todas sus coaliciones, el 20 de diciembre (5.049.734 respecto a 6.112.596 en diciembre). Aunque dicho “frente amplio de las izquierdas” ha logrado sumar un número apreciable de votos y escaños, en gran parte tal “éxito” en realidad es un simple logro terminal que conduce a un callejón sin salida. Es decir, sin perspectivas de gobernar por sí solos. Lo que puede reducir su papel a un mero resistencialismo que no va más allá de lo que, en sí mismo, supone como expresión de un importante voto de indignación, protesta y malestar. Voto que indica bien a las claras que algo no va bien en la dinámica social y política de la sociedad española. Y si no se remedian los problemas de fondo, la situación puede ir a peor en el plano político. Incluso con un enconamiento de posiciones y posturas.

En cuarto lugar, los resultados del PP revelan que este partido, por mucho que se deje llevar por la euforia del día electoral, en realidad se encuentra en un punto muerto. Aunque el PP haya subido respecto a los comicios de diciembre, ha perdido su capacidad de gobernar por sí solo y de dar respuesta a los múltiples problemas que aquejan en estos momentos a los españoles. Al igual que en el caso de *Podemos*, los votos obtenidos por el PP de Mariano Rajoy no dan

más de sí, y son difícilmente sumables a los de cualquier otro partido que desee atajar, de una vez por todas, el cáncer de la corrupción, y superar el ensimismamiento de determinadas políticas económicas ineficientes y antisociales.

En este sentido, las elecciones del 26 de junio han demostrado que ni siquiera el vértigo electoral del último momento, que llevó a bastantes personas a votar por la continuidad del gobierno del PP, como mal menor "conocido" ante los temores y suspicacias que despertaba el ascenso de *Podemos*, ha sido suficiente como para que dicho partido supere la barrera limitativa del 33% de los votos. Votos con los que, por sí solo, y teniendo en cuenta la inclinación de buena parte del electorado español hacia la izquierda, es imposible que el PP pueda gobernar con un mínimo de solvencia, concordancia y apoyos.

En quinto lugar, el PSOE ha obtenido unos resultados similares a los del 20 de diciembre, con el inconveniente de que en este caso los avances relativos del PP le han restado escaños en diversas circunscripciones. Pese a lo cual, los escaños del PSOE se encuentran en el fiel de la balanza, de tal forma que continúan siendo imprescindibles para garantizar la gobernabilidad de España en uno o en otro sentido.

En cualquier caso, la situación electoral actual del PSOE no debe entenderse como un punto de destino final, sino como un momento de debilidad y cierta crisis, debida básicamente a las imágenes de divisiones internas que se han venido transmitiendo sistemáticamente en algunos medios de comunicación social. Imágenes y noticias que a veces han sido alimentadas, paradójicamente, por los propios disidentes. Lo cual revela, una vez más, que el PSOE es más fuerte cuando está unido y cohesionado, y cuando sabe perfectamente cuál es su propuesta programática. En cambio, presenta signos de debilidad y retroceso electoral cuando surgen divisiones y tensiones internas, por razones personales o programáticas, ante las que el electorado socialista es especialmente sensible. Tendencia que está claramente registrada en la historia de este partido, que lo mismo que tiende a bajar en votos en algunos momentos, tiende a subir en otros, cuando las circunstancias son más favorables. Algo que no ocurre con otras fuerzas políticas menos arraigadas, que no cuentan con las mismas raíces profundas que el PSOE.

### Los dilemas de la gobernabilidad

Al hecho de que ningún partido haya obtenido votos y escaños suficientes como para poder gobernar por sí solo, se une la circunstancia de que tampoco los partidos más cercanos o afines entre sí logran superar la barrera de los 176

escaños de mayoría parlamentaria. La derecha y el centro-derecha (PP y *Ciudadanos*) se han quedado en 169 escaños conjuntamente, subiendo algo respecto a diciembre, mientras que la izquierda moderada y el frente de izquierdas radicales y de partidarios de referéndums de secesión se han quedado en 156, significativamente por debajo de diciembre. Lo cual supone que cualquier tipo de gobierno razonable y plausible en el que pueda pensarse en estos momentos tiene que tener un componente de transversalidad. Es decir, el acuerdo entre partidos de diferente signo ideológico es imprescindible para garantizar la estabilidad. Lo cual no tiene por qué ser visto como algo negativo. Y tampoco como una posibilidad carente de antecedentes en España.



*Después del 26 de junio ningún partido, por sí solo, tiene votos ni escaños suficientes como para imponer a los demás su programa y sus preferencias.*

Desde una perspectiva histórica, el PSOE ha tenido una trayectoria importante de acuerdos (necesarios y positivos) con otras fuerzas de signo político diferente. Por ejemplo, en la conjunción republicano-socialista que trajo la Segunda República, y en los acuerdos con otras fuerzas republicanas durante dicho período; con la oposición democrática al franquismo; con los acuerdos y transacciones que hicieron posible la Transición Democrática y la Constitución de 1978; con los pactos de la Moncloa, los pactos de Toledo, etc. Y, desde luego, con el mismo intento de investidura pactado con *Ciudadanos* hace poco tiempo, y que paradójicamente parece que ha sido castigada en las urnas en junio, con una pérdida neta de trece escaños entre ambos partidos. Lo cual parece más bien un efecto del clima de polarización creado por PP y *Podemos*.

La capacidad de interlocución y acuerdo demostrada por los partidos más centristas en general, y por el PSOE en particular, viene avalada por su voluntad de ser leales a su vez a

su electorado y atender al interés general de España. Y, sobre todo, por la condición del PSOE de partido no dogmático ni extremista, que se sitúa en posiciones ideológico-políticas intermedias (y coincidentes con la media de los españoles), y no excesivamente alejadas de los partidos que se encuentran en espacios colindantes ideológicamente. Algo que no ocurre con los dos partidos que se encuentran en ambos extremos del espectro político, y sobre todo con *Podemos*, que en su condición de *frente amplio* de las izquierdas y los nacionalistas puede resultar imprevisible—e inédito—en múltiples aspectos, y al que la opinión pública española sitúa radicalmente a la izquierda del espectro ideológico. Por cierto, en posiciones en las que apenas se ubican un 12% de los españoles.

### ¿Un nuevo consenso keynesiano?

La necesidad política de llegar a amplios acuerdos, si no se quiere entrar en un bucle de repeticiones electorales sin fin ni sentido, puede ser vista—y gestionada—como una oportunidad de llegar a acuerdos de fondo; algo que resulta especialmente necesario y pertinente en una coyuntura socio-económica tan crítica y peligrosa como la que está atravesando España en estos momentos. Crisis de la que posiblemente no se podrá salir si no es en base a un gran pacto de interés general y de inspiración keynesiana.

*A pesar del triunfo relativo del PP, no debe olvidarse que los partidos de izquierdas en su conjunto suman muchos más votos que el PP. Lo cual obliga a gobernar con sensibilidad social.*

En realidad, el viejo consenso keynesiano surgió de un contexto que presentaba no pocas similitudes y paralelismos con las circunstancias políticas, económicas y sociales actuales. Es decir, de un horizonte crítico en el que aumentaba el paro, las desigualdades, la pobreza y las angustias derivadas de las necesidades sociales no atendidas. Y a todo esto se sumaron en su momento las tensiones territoriales, las pulsiones bipolarizadoras, la indignación y las protestas de los sectores que lo pasaban peor, la desafección hacia el sistema político, las inestabilidades y debilidades gubernamentales, la violencia en las calles y, sobre todo, la extensión de las sensaciones de inseguridad e incertidumbre entre buena parte de la población.

En aquellos momentos históricos, todas esas pulsiones acabaron conduciendo a una Guerra Mundial cruel y horrorosa, antes de que los líderes políticos y sociales entendieran que la única manera de salir de aquel torbellino de

confrontaciones, y la única oportunidad de gestionar aquellas contradicciones y convulsiones, era mediante un gran acuerdo de inspiración keynesiana que permitiera a la vez recuperar el pulso económico y distribuir mejor las rentas y las oportunidades, actuando sobre las raíces causales de las indignaciones sociales y las desesperaciones personales. Es decir, garantizando y ajustando mejor las condiciones de empleo, consumo y bienestar social.

En dicho pacto, como en cualquier gran acuerdo entre sectores diferentes, todo el mundo tuvo que ceder algo en sus intereses de partida y en sus concepciones. Pero cediendo todos un poco, al final todos ganaron mucho. Y, sobre todo, se ganó en mejora de las condiciones de vida y de trabajo, en seguridad económica y social y en estabilidad política. En definitiva, puro *sentido común*. . . , que lamentablemente llegó tarde para evitar la horrible experiencia de la Segunda Guerra Mundial.

Por eso, en estos momentos, estamos a tiempo de evitar que la evolución política y la inflamabilidad del clima social conduzcan a situaciones difíciles de revertir. Y para evitarlo nada mejor que un diálogo y unos acuerdos similares a lo que en su día fueron los Pactos de la Moncloa. Pactos que, en este caso, tendrían que tener una proyección también a nivel europeo. Algo que podría ser facilitado si España tuviera en Bruselas representantes que fueran a la vez europeístas y progresistas. Condición que brindan básicamente partidos como el PSOE y *Ciudadanos*.

De ahí que ahora habría que ser capaces de hacer virtud de la necesidad, intentando—una vez pasada la euforia del PP y una vez verificados sus apoyos en el Parlamento—que se abra paso un debate serio, que asumiera la exigencia de pactos de fondo para formar gobierno, en base a unos acuerdos de entidad con diversos sectores políticos y socio-económicos en torno a los grandes asuntos de nuestra sociedad. Acuerdos que inexcusablemente es preciso que sean planteados con importantes componentes de transversalidad. La clave, en este sentido, estriba en ser capaces de llegar a *buenos acuerdos* para todos, especialmente respecto a quienes lo están pasando peor. Eso es lo importante. Y no tanto quién o quiénes participan en los acuerdos o quedan excluidos—o autoexcluidos—a priori.

Esperemos que aquellos que tienen capacidad para decidir si se intenta que esta posibilidad resulte viable, en esta ocasión hayan comprendido, de verdad, el mensaje de los electores.

Y sobre la fiabilidad, y la instrumentalización electoral, de las encuestas—una vez más!—bien merecería la pena que fuéramos capaces de realizar una reflexión seria y concluyente. **TEMAS**

A man in a checkered shirt is shown in profile, looking down at his smartphone. He is standing on a dark, rocky outcrop overlooking a city at night. The city lights are blurred into a bokeh of warm yellow and orange lights against a dark blue sky. A blue horizontal bar is superimposed over the middle of the image, containing white text.

Lo único que nunca cambia es la necesidad de cambiar

En CaixaBank llevamos más de 100 años cambiando constantemente. Nos preguntamos cómo son las cosas y cómo deberían ser en un futuro. Ese afán por ir más allá, por anticiparnos al cambio, nos ha convertido en uno de los bancos más innovadores del mundo.

Un banco que va un paso por delante.

Y en eso, no vamos a cambiar.



**CaixaBank**